

Crítica de “El sudor de los ruseñores” de Juan Manuel Cotelo

© María Valera Pinedo

«Fácil...; ni siquiera cantar es fácil. Día y noche, nada es fácil en la tierra. El rocío es el sudor de los ruseñores, que se cansaron de cantar toda la noche». Así comienza esta película cargada de sentimiento y realidad social. Mihai es un violoncelista rumano que viene a España a buscar trabajo. Como todos los demás, piensa que en España va a encontrar la vida que espera: tocar en la orquesta de Madrid, ganar mucho dinero y poder traerse a su familia con él. Pero cuando llega, se da cuenta de que la realidad es muy diferente: el dinero que trae no es suficiente para sobrevivir en la sociedad española, el hombre que le prometió un trabajo lo ignora, y la gente lo trata de diferente manera. En esta situación conoce a Tote, un marginado que vive de las limosnas de la calle que le enseñará a apreciar lo que tiene y a dejar sus prejuicios aparte (Mihai tendrá que acostumbrarse a su condición de “inmigrante” en la sociedad española y hacer cosas que antes ni hubiera pensado).

La película trata, entre otros, el tema de la inmigración; de cómo hay personas que huyen de sus vidas, de las sociedades que han creado ellos mismos, para encontrar otras mejores en las que ser felices. Esto conlleva una serie de contradicciones, ya que si uno construye una sociedad, ¿por qué va a querer huir de ella? Pero la situación es más complicada que esa, porque la sociedad es también una entidad superior que se va transformando sin que los individuos que la forman se den cuenta, y llega un momento en que no se parece nada a la sociedad que nació en ese mismo lugar. Esto depende de muchos factores, como de las costumbres, la tecnología, la economía, la justicia, la historia... todo está relacionado. Mihai piensa que la sociedad española le va a ofrecer lo que no tiene Rumanía, pero cuando llega se encuentra una sociedad de costumbres distintas, en este caso más evolucionada, pero lo importante es la palabra *distinta*, ya que es difícil “conectar” con una sociedad que no es la tuya, necesitas “habituarte”, “acostumbrarte” a sus costumbres para que no te traten como a un intruso.

Pese a todo, la película transcurre en un ambiente alegre, sobre todo gracias a Tote, a quien la sociedad le ha dado la espalda, pero no se rinde ante ella. Junto a Mihai, son los personajes más importantes de la película, y en ellos se han caracterizado dos tipos de personalidades muy diferentes, donde se ve la influencia de las distintas sociedades en las que se han criado. Mihai representa la tradición (muy religioso, cree que todo lo que ocurre depende de Dios, siente amor por su tierra natal...), mientras que Tote maneja la hipótesis del pragmatismo casuístico; sólo cree en un Dios espectador que exige el máximo de nuestra libertad y voluntad, y que nos pide que luchemos hasta el final, porque la vida merece la pena y no hay que rendirse. Son dos formas de vivir la esperanza que, lejos de excluirse, se necesitan la una a la otra. Con lo que se ve, que independientemente de las costumbres o la religión que practiques, el ser humano, necesita vivir con otros, vivir en sociedad,

encontrarse a gusto en algún tipo de grupo, aunque, como en el caso de Mihai y Tote, sea una díada.